



Un marco para la hermenéutica bíblica después de la Shoah

30.06.2006 | Fernández, Víctor Manuel

Este trabajo fue presentado en el 1er. Simposio Internacional de Teología Cristiana sobre “Holocausto-Shoah. Sus efectos en la teología y la vida cristiana en Argentina y América Latina”, que se realizó en Buenos Aires, Argentina, entre el 15 y el 17 mayo del 2006.

Un marco para la hermenéutica bíblica después de la Shoah

Víctor Manuel Fernández

Planteo una vez más la necesidad de repensar la hermenéutica bíblica porque parto de la convicción de que detrás de la Shoah también hay causas religiosas o teológicas. La misma declaración *Dabru Emet* (2000) destaca que sin la larga historia del antijudaísmo cristiano la ideología nazi no podría haber nacido ni tampoco podría haberse desarrollado". Muchos cristianos participaron de ella, o simpatizaron con las atrocidades nazis en contra de los judíos, o no protestaron lo suficiente (punto 5).

I. El camino teológico: reconocer la necesidad y la relevancia del judaísmo actual

Me interesa destacar que no simplemente se oscureció la doctrina sobre la dignidad sagrada e inviolable de todo ser humano, imagen de Dios. El olvido de esa doctrina elemental es insuficiente para explicar lo sucedido. Porque estaba decidido que las víctimas debían ser ante todo los judíos. Por eso es irritante destacar que también hubo cristianos perseguidos. No hay proporción entre lo que sufrieron los judíos y la persecución a otros grupos sociales. Los objetivos nazis, por su propia lógica interna, centraban la obsesión exterminadora directamente en los judíos.

En nuestro país los cristianos nos debíamos una reflexión profunda sobre este tema. Tenemos una población judía importante que ha enriquecido la cultura nacional desde las letras, las artes y las ciencias, y el espíritu emprendedor de los judíos ha sido un factor de crecimiento y de estímulo. Sin embargo, este aporte no siempre ha sido reconocido y a veces ha sido objeto de celos y desconfianzas.

Si bien no fueron los argentinos quienes perpetraron la Shoah, en nuestra patria hay una historia de desprecios y sospechas que de alguna manera se convirtió en una secreta aprobación de lo sucedido en Europa, y ha sido un caldo de cultivo que hizo posibles los atentados sufridos por la comunidad judía local.

El antisionismo, en cuanto niega el derecho de Israel a existir como Estado, considerándolo un peligro para humanidad, es una manifestación todavía vigente entre nosotros de este deplorable antijudaísmo.

Aun después de la Shoah, no han faltado sectores integristas cristianos que han creído que su fe cristiana brindaba fundamentos a su antijudaísmo. Veremos algunos ejemplos esta tarde.

No podemos negar que, tanto en la Europa de la Shoah como en la historia nacional, ciertos modos torcidos de entender y predicar la doctrina cristiana terminaron brindando un marco de contención y aprobación a las convicciones antijudías.

En esta línea, *Dabru Emet* señala que la debilidad fundamental de la visión cristiana anterior a la Shoah residía básicamente en una declaración de la inutilidad o irrelevancia del pueblo judío: por 2000 años de exilio judío, los cristianos "han tenido la tendencia a considerar el judaísmo como una religión fracasada o, en el mejor de los casos, como una religión que preparó el camino para el cristianismo" (Introd.). Esta es la clave para comprender las raíces teológicas que están detrás de la Shoah.

La tarea de la teología es preguntarse de qué manera esas raíces siguen presentes, y extirparlas, para que de ningún modo alguien pueda fundamentar su antisemitismo en la fe cristiana, y para que cualquier cristiano que escuche afirmaciones antijudías pueda reaccionar espontáneamente. De otra manera, los teólogos nos volvemos cómplices de quienes toleraron el nazismo.

De hecho, todavía hoy algunos pueden pensar que los judíos no tienen nada específico que aportar, porque la fe religiosa que los identificaba ya cumplió su función histórica. Esta mentalidad alimenta la idea más o menos consciente de que su desaparición no afectaría a la humanidad. Así se confirma que los principios de la dignidad y la inviolabilidad de toda vida humana no bastan para terminar de destrabar los mecanismos perversos que llevaron a la Shoah. Recordemos que las verdades generales no tienen verdadero peso en las dinámicas sociales si no están unidas a otras convicciones que les den arraigo en las situaciones concretas. En este caso específico, es necesario desarrollar también la convicción de que después de Jesús, el pueblo judío, en su realidad histórica y religiosa concreta, tiene una necesaria función que cumplir, y que los cristianos están necesitados del aporte del judaísmo actual. Esto vale particularmente para la interpretación de la Escritura. Knutzen lo destaca muy bien: "Uno de los factores centrales del desarrollo del antisemitismo fue la apropiación cristiana del derecho de interpretar la Escritura [...] El cristianismo se convertía así en el nuevo Israel que superaba y suplantaba al judaísmo, al que, explícita o implícitamente, se negaba todo ulterior derecho a existir". Por eso, después de la Shoah no basta revisar la imagen de Dios o de Jesucristo. Ante todo hay que replantear la hermenéutica bíblica. Así lo destacó la Pontificia Comisión Bíblica en el documento de 2001: "La conmoción producida por la exterminación de los judíos durante la Segunda Guerra Mundial ha conducido a todas las Iglesias a repensar completamente su relación con el judaísmo y, por consiguiente, su interpretación de la Biblia judía, el Antiguo Testamento".

II. Acercamientos insuficientes al judaísmo actual

Es indudable que después del Concilio Vaticano II hubo grandes avances en las relaciones con el judaísmo. Pero frecuentemente, cuando los teólogos y exegetas bíblicos quieren hablar bien del judaísmo, en realidad no están hablando de la importancia del judaísmo actual, sino del judaísmo anterior a Jesús. O expresan de diversas maneras su respeto hacia el camino religioso que están realizando los judíos, pero sin mostrar qué valor tiene ello para los cristianos. Por lo tanto, el judaísmo posterior a Jesús, y el actual, sigue apareciendo como irrelevante. Veamos algunos ejemplos:

1. La importancia permanente del Antiguo Testamento

La expresión "Antiguo" Testamento sólo indica su precedencia; antigüedad no es caducidad. La expresión "Nuevo" sólo indica "renovado", no "alternativo". En este sentido, podría ser igualmente riesgosa la expresión "Segundo Testamento", que daría lugar a pensar que viene a suplantar al primero.

Algunos insisten en la importancia permanente de la Biblia hebrea [AT] como texto inspirado que

otorga el conocimiento del verdadero Dios. Por eso se pide que "al comentar los textos bíblicos, se pondrá de relieve la continuidad de nuestra fe con relación a la de la antigua Alianza". Pero subsiste un pensamiento teológico que, pretendiendo expresar lo específico de la fe cristiana, llega a afirmar que sólo la revelación de la Trinidad cristiana permite conocer al verdadero Dios, como si el Dios que los judíos encuentran en la Torah no fuera el mismo y único Señor. Von Baltasar, por ejemplo, decía que sólo el NT, que revela a Jesús, a su Padre y al Espíritu Santo, puede otorgar valor propio a la coexistencia humana. ¿Significa esto que la fe en el YHWH de los judíos no sirve para otorgar valor propio a la coexistencia humana?

En realidad no se niega explícitamente la importancia del AT, pero se considera que sólo tiene valor si se lo lee a la luz del NT. Es un modo de declararlo irrelevante en la práctica, ya que pasa a ser una "ilustración" de lo que dice más claramente el NT. Esto tiene otra consecuencia: que la interpretación que pueda hacer del texto sagrado un judío de hoy no posee utilidad alguna para los cristianos.

2. La necesidad del AT para entender el lenguaje del Nuevo

Hoy se reconoce algo más: que es imposible una interpretación completa del NT si se desconoce el AT. Porque YHWH no infundió a los autores del NT unas palabras y una imaginería completamente nuevas, sino que escribían con el lenguaje que habían aprendido en su contexto cultural, el de la Biblia hebrea. Una escasa atención al mensaje específico del AT es un límite para la comprensión completa del NT. Los relatos de la pasión de Jesús, por ejemplo, son una interpretación teológica de los acontecimientos acudiendo a los textos del Siervo sufriendo de Isaías (en los Sinópticos) y de Zacarías (en Juan) para darles sentido. Desconocer el AT y olvidar que Jesús era plenamente judío por su manera de ser, su lenguaje, su educación, su historia, su modo de orar, es volver a una idea del Jesús de la fe totalmente desligado del Jesús histórico. La fe en la Encarnación exige leer los Evangelios con ojos judíos, porque como decía Juan Pablo II, "privar a Cristo de su relación con el AT significa separarlo de sus raíces y vaciar su misterio de todo sentido" (18/04/97).

Pero esta valoración de la Biblia hebrea todavía es meramente instrumental, ya que se la aprecia simplemente como un auxilio situado al servicio del mensaje cristiano.

3. Valoración de las tradiciones judías heredadas por Jesús y por Pablo

Otros avanzan más y precisan que el NT tampoco puede ser comprendido si se desconocen las tradiciones y el lenguaje del postexilio, que influyeron en el lenguaje y las figuras usadas en el NT. El mismo Jesús "emplea métodos de enseñanza similares a los de los rabinos de su tiempo" (Orient. 3e). Por eso, "el judío abierto se siente siempre profundamente impresionado por el rostro de Jesús y entiende que allí un judío habla a los judíos". Pero esto no nos permite valorar adecuadamente el aporte hermenéutico del judaísmo posterior a Jesús ni del judaísmo actual, sino sólo el de las tradiciones judías anteriores o contemporáneas al NT. Esta perspectiva deja en pie la siguiente idea: una vez llegada la "plenitud" cristiana, cualquier desarrollo judío posterior es irrelevante.

4. Declaración de cierta comunión de bienes

Ya no se comete el error de incluir a los judíos dentro del diálogo con las religiones. Ratzinger destacaba que "el diálogo de los cristianos con los judíos reside en un nivel diferente. La fe testimoniada en la Biblia de los judíos, no es para nosotros una religión diferente, sino el fundamento de nuestra propia fe". El judaísmo es una suerte de raíz y de tronco donde hemos sido injertados (cf. Rm 11, 16-18) para participar de la "*israelítica dignitas*" (CEC 528). Los judíos no quedaron fuera de la Alianza, como si ésta hubiera sido cedida a los cristianos, sino que los cristianos participamos de la Alianza irrevocable que, también hoy YHWH hace ante todo con su

pueblo judío, ya que los dones y la elección de Dios son irrevocables" (Rm 11, 28-29).

Esta relación peculiar con el judaísmo implica valorar un patrimonio común. El problema es que podríamos entender que se trata de una riqueza que "ya hemos recibido" de la madre judía, y que ahora es simplemente nuestra. Entonces, podemos llegar a decir que somos el "nuevo Israel", heredero de los auténticos bienes del judaísmo, y reemplazante suyo en la custodia de esa riqueza. Por lo tanto, ya no necesitamos que el judaísmo nos aporte algo que no tengamos.

5. Aceptación del valor salvífico del judaísmo actual

Recientemente se dio un paso más al considerar que el judaísmo es un verdadero camino salvífico para los judíos. El Cardenal Kasper (Israel 2001) lo expresó diciendo que la alianza nunca revocada hace que la religión judía tenga valor salvífico para sus fieles [...] porque Dios es fiel a sus promesas". Por consiguiente, no cabe hablar de una misión cristiana en orden a convertir a los judíos, ya que "el término misión, en su sentido propio, hace referencia a la conversión de los falsos dioses e ídolos al verdadero y único Dios". Por lo cual "existe un diálogo, pero no existe una organización misionera católica para los judíos".

Pero si sólo decimos que su encuentro con la Revelación y su experiencia religiosa es para ellos un camino salvífico, con eso todavía no afirmamos nada acerca de la importancia que tiene para nosotros la riqueza que ellos hoy reciben de Dios, ni sobre el valor que tiene para los cristianos la creciente comprensión judía de las Escrituras. Juan Pablo II señaló la necesidad de tener en cuenta "la fe y la vida religiosa del pueblo judío, tal como se la practica hoy", ya que también este desarrollo puede enriquecer la vida de la Iglesia" (06/03/92).

Confirmamos así que el aporte fundamental de la reflexión teológica para desarticular efectivamente las raíces cristianas del Holocausto, consiste en profundizar las razones que permitan declarar "relevante" al judaísmo actual en la interpretación de la Biblia.

III. La relevancia hermenéutica del judaísmo actual

Cualquier planteo que se realice acerca de las relaciones entre el Antiguo y el Nuevo Testamento se aplica también a la relación entre la lectura judía y la lectura cristiana de la Biblia hebrea (PJ 19, intr.).

Acerca de estas relaciones se han propuesto diversos modelos que pueden aplicarse a algunos textos donde el NT asume a su modo temas y figuras del AT.

Aquí se plantea una seria dificultad a la hermenéutica cristiana, ya que cuando se propone la aplicación del AT a Jesucristo, como si fuera el único o el principal modo de comprenderlo adecuadamente, se declara innecesaria o inútil -cuando no falsa, ignorante u obstinadamente incrédula- la hermenéutica que haga un judío de su Biblia.

1. Modelos peligrosos para describir la relación entre AT y NT

Ante todo consideremos críticamente algunos modelos que entrañan serios riesgos.

a) Promesa-cumplimiento, prefiguración-realización y esperanza-proclamación: si la Promesa del AT ya se ha cumplido en Jesús, su relevancia actual aparece relativizada. Digamos más bien que hoy necesitamos seguir escuchando la Promesa hecha a los judíos. Es necesario detenerse en la promesa -junto con los judíos y gracias a ellos- percibiendo toda su densidad, para poder apreciar debidamente su cumplimiento. Sólo es posible descubrir a Jesús "volviéndose hacia los judíos y recibiendo de ellos su promesa mesiánica tal como está contenida en el AT" (CEC 528). La gracia que se nos ofrece ha de recibirse en fe como respuesta a esa Promesa.

Por otra parte, ¿realmente la Promesa está cumplida? ¿Quién puede decir sinceramente que ya ha llegado la plenitud mesiánica, llena de justicia, armonía y paz universal, que anunciaban los profetas? Si bien para los cristianos el Mesías ya llegó y cumplió las promesas, también es cierto que "estamos esperando todavía su pleno cumplimiento" (Orient. 2 c). La venida de Jesús no ha plenificado esta historia, que gime ansiando la liberación (Rm 8, 18-25) que traerá el Reino mesiánico. Por eso, un judío sensible ante las injusticias de hoy podría legítimamente preguntar: "Si el Mesías llegó ¿en qué se nota? ¿Qué cambió en el mundo".

En esta misma línea, Auschwitz destruye un modo desvirtuado de entender lo que ya se ha cumplido. Bien dice Baum que "después de Auschwitz los cristianos ya no pueden afirmar que la redención ya se ha realizado plenamente. Ante el Holocausto, los cristianos empezaron a tender hacia un nuevo sentido de irredención [...] Reaparece un anhelo terreno y comunitario de que se cumplan las promesas divinas en la historia". Por eso judíos y cristianos podemos trabajar juntos por la justicia y la paz, para cooperar con la llegada de la anhelada plenitud mesiánica. Entonces, hay que hablar con sumo cuidado de una "plenitud cristiana", y también de la "plenitud de sentido" que supuestamente los cristianos encontramos en la Biblia hebrea.

b) Oposición y contraposición: En realidad no existe una verdadera oposición. En Jesús no hay "un capricho contestatario sino fidelidad profunda a la Escritura". Él se presenta como un intérprete de las tradiciones religiosas de su pueblo. Por otra parte, la lectura cristiana procura explotar la densidad inagotable de la Biblia hebrea, su permanente apertura de sentido, pero reconociendo que su propia interpretación tampoco agota ese mar sin límites de la Escritura.

En realidad, esta relectura a la luz de la novedad cristiana no es un procedimiento creado por los cristianos, porque "en el judaísmo se estaba habituado a hacer ciertas relecturas" (PJ 19, A, 2), en las cuales el texto sagrado quedaba siempre abierto.

Podemos mencionar, como ejemplo, el texto de Isaías 1, 17, aplicado por San Mateo a Jesús (Mt 1, 20-23). El sentido histórico originario del texto profético no contenía una promesa mesiánica sino una promesa al rey Ajaz en una situación de temor y desconfianza. En definitiva, se trataba de un mensaje de consuelo para el pueblo sumido en la amargura y la inseguridad. Es posible analizar este texto considerando simplemente su sentido histórico originario. Pero también se puede ampliar la perspectiva reconociendo que el mismo Isaías (en 9, 5-6) extiende las promesas a toda la dinastía davídica hasta el tiempo del Mesías, cuando la paz no tendrá fin. Por consiguiente, es lícito aplicar a Jesús estas promesas, puesto que él mismo es parte de esa dinastía, heredera de la promesa profética, aunque todavía no haya alcanzado su pleno cumplimiento en la historia. Este ejemplo nos permite descubrir que la aplicación a Jesucristo realizada por el NT no se sitúa necesariamente en oposición a una lectura no cristológica, sino que puede haber continuidad entre ambas.

De todos modos, hay que aclarar que una lectura cristiana no es necesariamente una lectura cristológica: "Leer el AT como cristianos no significa pues querer encontrar en cada rincón referencias directas a Jesús y a las realidades cristianas"(PJ 21, 6). Por eso una lectura judía -no cristológica- de muchos textos puede coincidir básicamente con una lectura hecha por cristianos.

En la base de esta convicción se sitúa un principio hermenéutico asumido por el Magisterio católico, según el cual toda interpretación debe fundarse en el sentido literal de los textos, que es lo primero que hay que tener en cuenta (Pío XII, DAS), aun cuando a partir de ese sentido literal se produzca una permanente apertura a nuevas relecturas. Siguiendo a Tomás de Aquino (ST I, 1, 10, ad 1), la preferencia por el sentido literal ha sido claramente asumida en la exégesis católica, y "el estudio crítico del AT ha ido cada vez más en esta dirección" (PJ 20, 4). La Pontificia Comisión Bíblica ha expresado con suficiente claridad la necesidad de respetar el sentido histórico de los textos sin pretender demostrar evidencias de su orientación a Jesús:

"Todos los textos tuvieron un valor y un significado inmediatos para sus contemporáneos [...] Debemos pues renunciar a la insistencia excesiva, característica de cierta apologética, sobre el valor de prueba atribuido al cumplimiento de las profecías. Esta insistencia ha contribuido a volver más severo el juicio de los cristianos sobre los judíos y su lectura del AT. Pues cuanto más evidente se encuentra la referencia a Cristo en los textos bíblicos más se considera inexcusable y obstinada la incredulidad de los judíos" (PJ 21, 5).

Entonces, no cabe reducir el sentido de los textos antiguos a una prefiguración de Jesús, quitándoles su valor propio. Hoy se busca "una interpretación cristiana del AT más respetuosa del sentido original" (20, 4), que así no se sitúa en oposición a la lectura judía. De hecho, con respecto a su "relectura" cristológica, el NT presenta "un número reducido de ejemplos, sin elaborar la teoría de un método" (19, A, 1).

c) Superación y sustitución: Es el modelo que más se presta a declarar irrelevante e innecesaria la existencia del judaísmo, que habría sido superado y sustituido por el cristianismo. Muchos biblistas sostienen que este modelo aparece en la carta a los Hebreos cuando se refiere al sacerdocio y al culto antiguo (7-10), particularmente cuando dice: "De este modo queda abrogada la ordenación precedente por razón de su ineficacia e inutilidad" (7, 16). Pero el mismo texto de Hebreos requiere todavía un análisis más cuidadoso, porque en realidad, no dice que la antigua Alianza ha cesado, sino que "está a punto de cesar" (Heb 8, 13; cf. vv 4-5), ya que este autor estaba esperando todavía la llegada inminente de la plenitud de los tiempos: "Pues todavía un poco, muy poco tiempo, y el que ha de venir vendrá sin tardanza" (Heb 10, 36-37; cf. 12, 26-27). Podría entenderse incluso en la línea de una doctrina judía, la doctrina rabínica de los eones, que sostenía que cuando se acercara el tiempo mesiánico el cumplimiento de algunos preceptos culturales dejaría de ser necesario.

Acudiendo a la Biblia hebrea para conectar este sacerdocio con el de Melquisedec (cf. Heb 7, 11-17), lo que la carta procura es legitimar la libertad que tienen los cristianos, que también son herederos de la Promesa, de vivir su fe sin estar obligados a cumplir todas las prescripciones culturales judías. Porque en ellos se cumple lo anunciado: "Pondré mis leyes en su interior, en sus corazones las grabaré" (8, 10).

Por otra parte, es necesario leer el NT entero, donde también aparece una valoración positiva del culto judío, porque "a los israelitas pertenece la adopción, la gloria, las alianzas, la ley, el culto..." (Rm 9, 4-5), y también las promesas, "cuyo cumplimiento están esperando nuestras doce tribus en el culto que asiduamente, noche y día, rinden a Dios" (Hch 26, 6-7). No se rechaza una continuidad de ciertas prácticas judías en Mt 23, 23, Lc 11, 42 y Hch 15, 21.

Así, en el NT no se advierte una perspectiva unánime de "sustitución". Por eso, aun cuando buena parte de la carta a los Hebreos nos sitúe parcialmente en esa perspectiva, eso vale para los cristianos, no para los judíos, y no hay razones para generalizar ese modo de leer la Biblia hebrea ni para reducir a ese modelo toda la lectura del AT. "La interpretación cristiana del AT es una interpretación diferenciada según los distintos tipos de textos" (PJ 21, 6).

En otros casos, la "sustitución" es sólo aparente. Es cierto que al referirse al amor a los enemigos, el NT parece hablar de una sustitución de algunos preceptos del AT (Mt 5, 38-48). También cuestiona el olvido de los mandamientos por seguir tradiciones judías secundarias (Mt 15, 3-9; Mc. 7, 8-13). Pero en realidad sólo está polemizando con algunas corrientes del judaísmo de la época y no con el judaísmo en general ni con el AT. Entonces, lo que algunos mal llamaron "sustitución" debería entenderse más bien como otra profundización en la misma línea de la evolución ya iniciada en el mismo AT. Esta es la visión del Catecismo oficial de la Iglesia Católica, donde se afirma que de la misma Ley antigua brotan las enseñanzas del sermón del monte: "El sermón del monte, lejos de abolir o devaluar las prescripciones morales de la Ley antigua, extrae de ella sus virtualidades ocultas y hace surgir de ella nuevas exigencias" (CEC 1968). De hecho, el Jesús que

presentan los Evangelios manifiesta expresamente que él "no vino a abolir la Ley" (Mt. 5, 17; Lc. 10, 26).

Cabría detenerse particularmente en el caso de Pablo, que suele ser presentado en ruptura con el judaísmo. Pero ¿se dónde extrae él su doctrina sobre la justificación por la fe y no por las obras de la ley? No de una oposición al judaísmo, sino precisamente de su substrato y de su herencia judía. Por consiguiente, si bien la expresión "no por las obras de la ley" parece hablar de una "sustitución", sin embargo lo que Pablo rechaza es toda forma de idolatría, también la más profunda que es la adoración de uno mismo, de las propias fuerzas y de las propias obras en lugar de confiar en la misericordia divina y tratar de responderle por amor. Y esa anti-idolatría es profundamente judía, como lo ha sido siempre. Esa es la doctrina de la justificación por la fe y no por las obras de la ley, que se sitúa en la línea de la antigua espiritualidad judía de la *emuná* y que sigue presente en las tradiciones jasídicas.

2. La "complementación irreductible"

Para evitar los riesgos de los modelos anteriormente indicados, es indispensable mencionar siempre un modelo de "complementación irreductible", que en realidad es el marco general adecuado para comprender correctamente cualquier otro modelo. La Pontificia Comisión Bíblica en 1993 había destacado que la lectura judía y la cristiana partían de contextos "radicalmente diferentes", y así acentuaba que eran irreductibles. Pero hoy podemos hablar también de una complementación. ¿Por qué razón?

a) Complementación: Lo que ya afirmamos sobre la primacía del sentido literal nos permite sostener que todo texto del AT tiene un núcleo propio de verdad que, más allá de todos sus aspectos secundarios y circunstanciados, conserva un valor perenne. La lectura cristiana no niega ese núcleo central y originario de cada texto, sino que debe siempre suponerlo e incorporarlo. Esto abre la posibilidad de estudios bíblicos judeo-cristianos, particularmente si se parte del valor histórico original de los textos.

Pero es insuficiente decir eso, porque no termina de expresar el aporte propio de los judíos en cuanto judíos. El diálogo con el judaísmo puede ir todavía más allá, en una apertura sincera ante la hermenéutica actual del judaísmo. En esa hermenéutica que hacen los judíos, los cristianos podemos reconocer una posibilidad de enriquecer el propio fundamento judío, el substrato permanente de la fe cristiana que está llamado a nuevos desarrollos. La explicación de esta posibilidad puede sintetizarse diciendo que el núcleo perenne de los textos del AT ha tenido otra vía de desarrollo en las tradiciones judías, independiente de su orientación explícita a Jesús, que también es un fruto de los Libros Sagrados en la historia a partir de su lectura, meditación, enseñanza y transmisión popular dentro del contexto del pueblo judío en los últimos dos mil años. Ese desarrollo es una verdadera riqueza que procede de Dios mismo, ya que no parte de un contenido falso o contrario a la Revelación, ni de un libro cualquiera, sino del núcleo perenne de los textos revelados.

Por otra parte, podemos sostener que el pueblo judío dispone de una asistencia peculiar de Dios en su lectura de la Escritura, porque "la elección de Israel hace que el pueblo judío dependa directa y formalmente de la historia de la salvación".

Esto no significa que ese desarrollo judío del texto bíblico desentrañe plenamente su riqueza, que es ilimitada, ni que constituya la totalidad de sus posibles efectos. La lectura cristiana, conectando ese texto con convicciones cristianas, es otro de sus posibles y siempre nuevos desarrollos, que ayuda a "manifestar las riquezas insondables del AT, su contenido inagotable y el misterio del que está colmado" (Notas, 7). En esta línea, el Cardenal Lustiger se pregunta si el cristianismo no puede entenderse como un fruto del judaísmo.

Es sumamente valioso aplicar aquí el principio de la "historia efectual", explicado por Gadamer, que nos permite sostener que una realidad se conoce también a partir de la diversidad de efectos que produce en la historia, y que no se la conoce plenamente si no se atiende también a esos efectos que proceden del contacto entre esa realidad y los variados contextos históricos. Aplicando este principio, podemos decir también con Flusser que "un judío desde su judaísmo puede descubrir en las palabras de Jesús aspectos que a veces se le escapan al cristiano". Porque ni siquiera la lectura cristiana del propio NT logra agotar su permanente vitalidad y novedad.

En esta misma línea, recordemos que, también a partir de Gadamer y de otras corrientes hermenéuticas afines, se ha percibido mejor que sólo nos acercamos a un texto desde una determinada perspectiva, y que los "prejuicios" que proceden de la propia experiencia y de la tradición que nos ha modelado, no son simplemente obstáculos que haya que apartar, sino verdaderas posibilidades de comprensión. Esto nos permite decir que cada uno, a partir de su propia tradición religiosa, puede acercarse a un texto de la Biblia hebrea desde una perspectiva peculiar, lo cual le permite advertir riquezas y aspectos de ese texto que otra persona, que no tenga esa perspectiva, no podría reconocer tan fácilmente. Por eso, tanto una lectura judía como una lectura cristiana pueden ser complementarias, y proceder del mismo fondo inagotable del texto.

Para terminar de comprender hasta qué punto la lectura cristiana no desplaza la lectura judía, y puede a su vez acoger los aportes de la hermenéutica judía, hay que acudir a este párrafo luminoso y audaz del documento de la Pontificia C. Bíblica del año 2001 sobre el Pueblo judío y sus Escrituras. En una primera lectura yo menosprecié este documento. Creí que ni siquiera recogía los avances de documentos anteriores. Pero cuando lo leí por segunda vez descubrí este párrafo: "Cuando el lector cristiano percibe que el dinamismo interno del AT encuentra su punto de llegada en Jesús, se trata de una percepción retrospectiva, cuyo punto de partida no se sitúa en los textos como tales, sino en los acontecimientos del NT proclamados por la predicación" (PJ 21, 6).

Por lo tanto, no decimos que "el judío no ve lo que estaba anunciado en los textos", sino que el cristiano, a la luz de su fe, encuentra en ellos nuevos sentidos. Esto es lo decisivo: el punto de partida de la lectura cristológica del AT en realidad "no se sitúa en los textos como tales".

Entonces la clave está en distinguir mejor la interpretación de los textos particulares -donde fácilmente puede haber complementariedad- de la interpretación de la Biblia hebrea en su conjunto. En la interpretación de cada texto en particular la exégesis cristiana no es inmediatamente cristológica, sino que se concentra en el sentido histórico directo del texto, y es perfectamente conciliable con la hermenéutica judía no cristológica; es más, puede recoger de ella aspectos parciales de la verdad revelada ciertamente valiosos para la comprensión de cada texto. Esto sin duda nos permite hablar de una complementación entre la lectura judía y la lectura cristiana, al igual que entre el AT y el NT.

b) Irreductible: Pero si la Biblia hebrea es considerada en su conjunto, el cristiano ve en ella un movimiento hacia Jesús en cuanto Mesías. Aquí interesa la referencia a la Biblia hebrea como totalidad; no a los textos particulares, cuyo sentido literal directo no está propia e inmediatamente referido a Jesús. La lectura cristiana, considerando la Biblia hebrea como un todo, reconoce allí una orientación mesiánica, y así abre el dinamismo de la Biblia hebrea aplicándolo a Jesucristo. En este sentido global, la lectura cristiana es irreductible a la judía, y la lectura judía -que no acepta a Jesús como Mesías- es irreductible a la cristiana: "Cada una de esas dos lecturas es coherente con la visión de fe respectiva, de la que es producto y expresión. Son, por tanto, mutuamente irreductibles" (PJ 22), o "radicalmente diferentes" (IBI 1, C, 3).

c) Por todo esto, consideremos al mismo tiempo la relación dialéctica entre los dos

Testamentos tomados en su conjunto, y la complementación entre las dos lecturas -judía y cristiana- de los diversos textos de la Biblia hebrea. Advirtamos así que el modelo de la "complementación irreductible" se convierte en un criterio general indispensable. A su luz habría que entender cualquier otro modelo de relación entre judaísmo y cristianismo. Su valor está en que permite afirmar la fecundidad siempre actual del judaísmo, dejando espacio también para sus frutos cristianos.

En esta lectura conjunta de la Biblia podemos encontrar algunas claves teológicas que, desde la fe judeocristiana, no dejen lugar para que pueda repetirse la Shoah. Creo que básicamente, más que repensar la doctrina sobre Dios mismo, se trata de recoger el mensaje bíblico sobre la responsabilidad de los seres humanos con respecto a los demás, sobre la dignidad sagrada de cada ser humano, sobre la centralidad del amor respetuoso de toda persona como exigencia ética fundamental. Dado que lo que sucedió en la Shoah fue un uso indebido del poder y de la inteligencia humana, hay que destacar los límites del poder humano, que debe someterse a la fuente de ese poder, que es Dios y sus designios. Es el Dios que pregunta: "¿Dónde está tu hermano?". Es el Dios que, así como a Moisés, nos convoca para ser mediadores para la liberación de su pueblo. Es el Dios que rechaza la oración de los que tienen las manos llenas de sangre. Es en definitiva el Dios que cuando otorga poder a un ser humano lo hace para que ese poder sea utilizado a favor de la vida del prójimo. Los judíos, por su fuerte tradición anti-idolátrica, y no sólo por lo que han sufrido, suelen ser muy sensibles a todo riesgo de abuso de poder, a todo falso mesianismo, a cualquier forma de idolatría de las personas que les otorgue atribuciones sin límites ni controles.

Los religiosos judíos en Argentina se destacan por una prédica donde se resaltan bellamente las consecuencias sociales y civiles de la fe.

Judíos y cristianos coincidimos en esta lectura bíblica básica, y por eso nos sentimos llamados a responder a nuestro único Dios trabajando juntos por la vida, la justicia y la libertad en nuestra sociedad, en orden a preparar el camino a la plenitud mesiánica que anhelamos

Este trabajo fue presentado en el 1er. Simposio Internacional de Teología Cristiana sobre "Holocausto-Shoah. Sus efectos en la teología y la vida cristiana en Argentina y América Latina", que se realizó en Buenos Aires, Argentina, entre el 15 y el 17 mayo del 2006.

El padre Víctor Manuel Fernández es Vicedecano de la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina de Buenos Aires.